

Adiós a Heidegger

JULIO QUESADA MARTÍN

Universidad Autónoma de Madrid

FRANCO VOLPI: In Memoriam.

Y es probable que en estas escapadas haya tenido el Ortega facundo y jocundo la buena ventura de acertar con algunos de los logros más maravillosos de todos los de este estilo mental y literario, por una supermadurez de sazón tardía posible al espíritu en la senectud de la vida corpórea. Mas de lo excepcional de tales instantes y, sobre todo, ocasiones, quizá pueda tomarse por índice el hecho, al parecer, de no haber aprovechado Ortega el periodo de conferencias por Alemania sino para reiterar su forma de producirse, en una distensión de nuevo voluptuosa, gozosa y optimista —muy probablemente determinada también por el deseo de decir a los alemanes palabras de olvido, amistad y aliento, y por el de contradecir fundamentalmente al crecientemente reaccionarismo, sombrío y pesimista Heidegger.

JOSÉ GAOS, *Los dos Ortegas* (1956).

En plena guerra mundial el filósofo alemán Martin Heidegger, afiliado al partido nacionalsocialista desde el 1 de mayo de 1933 y militante hasta que acabó la contienda, preparó para el semestre de invierno de ese curso (1941-42) un monográfico con el título *La metafísica de Nietzsche*. Lo podemos encontrar en el *Nietzsche, II*, publicado en España en el año 2000, traducción basada en la edición alemana de 1961, edición “fabricada” por el propio filósofo. Al respecto, la magnífica investigación de Emmanuel Faye¹ ha demostrado tal cúmulo de falsificaciones, añadidos y sustracciones, respecto del original, que parece mentira. Este trabajo de Faye es demoledor respecto de las esperanzas filosóficas que se tenían puestas en el pensamiento heideggeriano como “salvador” de la crisis de Occidente; incluido tanto el problema científico-técnico del cambio climático como la “apertura” a un verdadero “humanismo” de los pueblos frente a la aberrante abstracción constructiva de unos ilustrados Derechos Universales del Hombre. No hay nacionalista y fundamentalista que no repita, una y otra vez, que “la lengua es la casa del ser” para imponer su modo de “habitar” el planeta². Pero, ¿y su nazismo?, ¿y su defensa de Hitler como el futuro del pueblo alemán de hoy (1933) y de mañana?, ¿y su público y filosófico elogio del partido nazi que lleva a cabo en la *Introducción a la metafísica* de 1935 y repite ¡en 1953! añadiendo —entre paréntesis— que la grandeza del nazismo hay que encontrarla en el contacto del hombre con la técnica moderna? A diferencia de Platón, a propósito del cual casi todos coincidimos en lo difícil (y absurdo) que

¹ FAYE, EMMANUEL, *Heidegger. La introducción del nazismo en la filosofía*, Paris, Albin Michel, 2005 y Madrid, Akal, 2009.

² MESCHONIC, HENRI, *Heidegger o el nacional-esencialismo*, Madrid, Arena Libros, 2009.

sería pensar en su *República* al margen de la política; por ejemplo, no querer ver una inherente relación entre los tres tipos de alma y la estructura jerárquica de la sociedad de las Ideas, o bien, creer que la crítica a los sofistas nada tiene que ver con la Atenas proyectada por Pericles para una sociedad más libre y justa. Sin embargo, en el caso de Heidegger esto no cuenta. Debemos, se sigue exhortando, olvidar el nazismo de Martin y concentrarnos en la profundidad filosófica de Heidegger. Cara y cruz de la propia grandeza especulativa del verdadero pensador.

Pues bien, en *La metafísica de Nietzsche*, en su punto cuarto, *El superhombre*, afirmó el gran pensador lo siguiente: “Lo clásico de este darse forma del hombre que se toma a sí mismo en sus manos consiste en el simple rigor de simplificar todas las cosas y todos los hombres en algo único: el incondicionado dar poder a la esencia del poder para el dominio sobre la tierra. Las condiciones de este dominio, es decir, todos los valores, son puestos y llevados a efecto por medio de una completa “maquinalización” de las cosas y por medio de la selección del hombre”. Esta brillante idea concluye con la siguiente exigencia jurídica: “Sólo cuando la subjetividad incondicionada de la voluntad de poder se ha convertido en la verdad del ente en su totalidad es posible, es decir, metafísicamente necesaria, la institución (*Prinzip*³) de una selección racial (*Rassenzüchtung*), es decir, no la mera formación de razas que crecen por sí mismas sino la noción de raza que se sabe como tal. [*Así como la voluntad de poder no es pensada de modo biológico sino ontológico, así tampoco la noción nietzscheana de raza tiene un sentido biológico sino metafísico*]⁴. Es muy posible que alguien le señalara al filósofo que la idea era muy fuerte: seguir defendiendo la selección racial después de la guerra. Y no pocos hermeneutas se siguen aferrando ahí para demostrar frente a los “periodistas” Fariás, Wolin, Faye y etc.— las bondades que Heidegger ocultaba ante los nazis desde su “resistencia espiritual”. Pero están completamente equivocados; yerro que voluntariamente se sostiene académicamente antes de consentir que sus obras completas puedan verse afectadas por alguna tachadura. En efecto, si Heidegger hubiera dejado la selección racial en manos de Darwin hubiera sido expulsado de la universidad no por judío, como a su maestro Husserl, sino por profesar una ciencia moderna, la biología, que aún nos sigue recordando aristotélicamente la contingencia del ser humano frente a la voluntad de poder del “destino histórico” del ser.

No le pido al ciudadano de a pie que se rompa la cabeza intentando resolver este problema filosófico. Pero, dirá un comerciante, un abogado, una médica, una agente de tráfico, una periodista, ¿y qué tiene que ver la ontología y la metafísica con la selección racial? Creo que los que nos dedicamos a esto tenemos la obligación cívica de dar la cara en vez de mirar hacia otra parte como si no hubiera pasado nada. Pero, todo lo contrario, la hermenéutica venerativa y los estudios revisionistas conseguirán hacer de Heidegger no sólo un anti nazi sino un filósofo franco-español de izquierdas. Dándose la paradoja siguiente: Heidegger, filósofo del III Reich y de la Alemania que ayudó militar e ideológicamente al golpe de estado de Franco contra

³ Cursiva de Heidegger.

⁴ HEIDEGGER, o. c., p. 249 - 250. Lo último que va entre corchetes es un añadido para la edición de 1961.

la República, se convierte en 1991 en la voz de tiempos sombríos⁵. Este colectivo se monta como respuesta al libro de Víctor Farías defendido por Fernando Savater y Mario Vargas Llosa. Especialmente éste último escribió una reflexión sobre los libros de Farías y Hugo Ott gracias a lo que nuestro gremio de pensadores despertó, si no del sueño dogmático, al menos del cómodo silencio académico imperante en nuestras universidades. El novelista de lengua española sencillamente, nada más y nada menos, centraba el problema que los propios filósofos no estábamos dispuestos a discutir: “¿Debemos aceptar, so pena de ser considerados unos inquisidores, esa cesura infranqueable entre el hombre y la obra? ¿No hay, pues, relación entre lo que un filósofo piensa y escribe y lo que hace? ¿Es la excelencia intelectual una suerte de salvoconducto que exime de responsabilidades morales? Parece que sí, por lo menos en nuestro tiempo. Y algunos consideran que esto es una gran conquista del espíritu, pues impermeabilizar la filosofía (o la literatura o el arte) de la moral es garantizarle la libertad, abrirle las puertas de la renovación permanente, inducirle a todas las audacias. Pero ¿y si fuera al revés? ¿Si disociar de esa manera tan tajante lo que leemos de lo que hacemos, fuera quitar todo valor de uso a la palabra escrita y apartarla de la experiencia común, ir empujándola cada vez más fuera de la vida, hacia la frivolidad o el juego irresponsable? Tal vez esa actitud tenga mucho que ver con la terrible devaluación que en nuestra época experimentan las ideas, con lo poco que significa hoy la filosofía para el común de las gentes (pese a haber tantos profesores de filosofía) y con los puntos que a diario pierden los libros en la batalla que tienen entablada con las imágenes de los medios”⁶.

Pero es que, en el caso de Heidegger, esa cesura se ha vuelto imposible de seguir defendiendo. La relación que une en Heidegger a la (auténtica) metafísica y ontología con la “selección racial” del hombre es inherente a su propia filosofía. Es decir, que su forma de actuar política es una consecuencia de su propia interpretación de la metafísica y ontología. Cara y cruz de su propio pensamiento y acción. En la “Introducción” a *La metafísica de Nietzsche* nos explicó cuál es la metodología en la que se basa para interpretar de esta forma a Nietzsche. Y escribió: “El intento siguiente sólo puede pensarse y seguirse desde la experiencia básica de *Ser y tiempo*”⁷. Es el propio filósofo quien une la necesidad legislativa de una selección racial —que el III Reich ya lleva a cabo desde el *Führerprinzip* de 1933 y comienza a culminar desde las Leyes de Nuremberg de 1935— con la idea nietzscheana del *Übermensch* (el superhombre). Y ahora ya no valen discusiones bizantinas sobre el primer o cuarto Heidegger; ni si se adecua correctamente su interpretación con lo que decía Nietzsche en el §218 de *El caminante y su sombra (Humano, demasiado humano, II)*. No, nuestro objetivo de investigación crítica consiste en demostrar que lo que parecía mentira es verdad: el holocausto tiene su propia filosofía de la existencia y se encuentra en la obra maestra del, dicen, mayor pensador del siglo XX. Heidegger pensó a lo grande un nuevo modo de pensar y un nuevo modo de ser; de ahí su nueva

⁵ DUQUE, F. (ED.), *Heidegger. La voz de tiempos sombríos* Prólogo de JOSÉ LUIS LÓPEZ ARANGUREN. Barcelona, Serbal, 1991.

⁶ “Führer Heidegger”, *El País*, 5 de septiembre de 1993.

⁷ *Nietzsche, II*, p. 211.

idea de Justicia y la necesidad de “pensadores”. “Queda aún la pregunta acerca de qué pueblos y qué humanidad [*Völker und Menschentümer*] están sometidos de modo definitivo y anticipador a la ley de la pertenencia a este rasgo fundamental de la incipiente historia del dominio sobre la tierra”.⁸ Lo que, a su vez, justifica una nueva legalidad para el nuevo ordenamiento mundial cuyo sentido y estructura históricos dependen directamente de la noción de raza forjadora de la propia voluntad de poder. Heidegger fundamentó esta legislación futura —que comenzó a imponerse mediante la revolución nacionalsocialista— en la 5ª y última parte de *Nietzsche Metaphysik*. No es difícil entender la lógica interna que unifica el testamento jurídico de Heidegger (*Die Gerechtigkeit*) con la tarea hermenéutica del *Informe Natorp* (1922) en tanto “destrucción” de las interpretaciones “heterogéneas” e “impropias” provenientes del greco-judaísmo, del greco-latín y del greco-cristianismo:

La filosofía que se practica hoy en día se mueve, en gran parte y de manera impropia (*uneigentlich*), en el terreno de la conceptualización *griega*, a saber, en el terreno de una conceptualización que se ha transmitido a través de una cadena de interpretaciones heterogéneas (*Interpretationen hindurchgegangen ist*). Los conceptos fundamentales han perdido sus funciones expresivas originarias (*ursprünglichen*), y que siguen el patrón de determinadas regiones de la experiencia objetiva. (...) Por consiguiente, la hermenéutica fenomenológica de la facticidad en la medida en que pretende contribuir a la posibilidad de una apropiación radical de la situación actual de la filosofía por medio de la interpretación —y esto se lleva a cabo llamando la atención sobre las categorías concretas dadas previamente—, se ve obligada a asumir la tarea de deshacer el estado de interpretación heredado y dominante, de poner de manifiesto los motivos ocultos, de destapar las tendencias y las vías de interpretación no siempre explicitadas y de remontarse a las fuentes originarias que motivan toda explicación por medio de una *estrategia de desmontaje*. La hermenéutica, pues, cumple su tarea sólo a través de la destrucción (*Destruktion*). La investigación filosófica (...) es conocimiento «histórico» en el sentido radical del término. La confrontación destructiva con su historia no es para la investigación filosófica un simple procedimiento destinado a ilustrar cómo eran las cosas antaño, ni encarna el momento de pasar ocasionalmente revista a lo que otros «hicieron» antes, ni brinda la oportunidad de esbozar entretenidas perspectivas acerca de la historia universal. La destrucción es más bien el único camino a través del cual el presente debe salir al encuentro de su propia actividad fundamental; y debe hacerlo de tal manera que de la historia brote la pregunta constante de hasta qué punto se inquieta el presente mismo por la apropiación y por la interpretación de las posibilidades radicales y fundamentales de la experiencia. Así, los proyectos de una lógica radical del origen (*eine radikale Ursprunglogik*) y las primeras contribuciones a la ontología se esclarecen de una manera fundamentalmente crítica. (...) Aquello que no logramos interpretar y expresar de un modo originario (*ursprünglich*), no sabemos custodiarlo en su autenticidad (*eigentlicher*).⁹

Una catástrofe no sólo para la fenomenología, sino para toda la filosofía y la multiplicidad de la vida humana porque “pensar” la justicia (1941-42) como una

⁸ HEIDEGGER, M., *Gesamtausgabe GA*. 50, pp. 80-81.

⁹ HEIDEGGER, M., *Interpretaciones fenomenológicas sobre Aristóteles. Indicación de la situación hermenéutica (Informe Natorp)*. Madrid, Trotta, 2002, p. 50-52. *GA*, 62, 366-369. Todas las cursivas en el original, a excepción de “primeras contribuciones”.

unidad metafísica que “forja” (y “forma”) la ley que *es* “construcción-eliminación-aniquilación”¹⁰, era la nueva legalidad que debía imponerse desde la esencia de la verdad del ser: la voluntad de poder cuya esencia es, a su vez, el puro ejercicio del poder. Y de ahí que Heidegger le haga decir a Nietzsche que justicia y voluntad de dominio son, metafísicamente, lo mismo y que la justicia “guarda”, “conserva” y “cuida” (*Sorge*) “aquello” que hace posible la voluntad de poder. La destrucción de la concepción de la justicia no es dialéctica, sino ontológicamente radical: “No obstante, para pensar la esencia de la justicia de manera adecuada a esta metafísica hay que *exclure* todas las representaciones acerca de la justicia que provienen de la moral cristiana, humanista, iluminista [*aufklärerischen*], burguesa y socialista”¹¹. Desde la exigencia de esta justicia Heidegger bendice el comienzo de una época cuyo rasgo distintivo es la catástrofe, la *catástrofe positiva* que la transvaloración del nihilismo debía llevar a cabo como cuidado del *Dasein*.

Entonces, ¿qué suelo pisa Heidegger? Si yo hubiera conocido el espléndido artículo de Gérard Granel, *La phénoménologie décapitée*¹², antes de concluir el *Contrapunto* (de mi libro) que titulé *El reaprendizaje de la percepción: el luto humano*¹³, hubiera puesto como frontispicio la conclusión a la que llegaba Granel una vez que Heidegger transformaba la “intencionalidad” en *Sorge* (cuidado) del *Dasein*: “Désormais le corps lui-même est un existencial, dans lequel nous n’avons aucunement affaire à du “vivent”. En bref, il n’y a pas de “vie humaine””¹⁴.

¿Por qué a Franco Volpi? Por su lucidez y valentía. Por su defensa del latín. Su última conferencia dada en Santiago de Chile en 2008, un año antes de morir atropellado en su bicicleta de carrera, lleva el título de *Good-bye Heidegger! Mi Introducción censurada a los Beiträge zur Philosophie*. En lo que algunos ya han denominado como un ataque último de lucidez, este gran conocedor de Heidegger hace un ensayo de autocrítica y desvela, desde las propias filas heideggerianas, el secreto a voces: “El rey va desnudo”:

Heidegger rechaza la racionalidad moderna con el mismo gesto sometido con el que reconoce su dominio, protesta contra la ciencia que “no piensa” en sus límites, demoniza a la técnica fingiendo aceptarla como destino, elabora una visión catastrófica del mundo, arriesga tesis geopolíticas al menos aventuradas —Europa amordazada entre americanos y bolcheviques— avivando el mito greco-germánico de lo originario que hay que reconquistar. También sus geniales experimentaciones se encogen y adoptan cada vez más el aspecto de funambulismos, incluso de vaniloquios. Su uso de la etimología se revela abusivo (*Varro docet*). La convicción de que la verdadera filosofía puede hablar únicamente en griego antiguo y en alemán (¿y el latín?) se muestra hiperbólico. Su celebración del rol del poeta, una sobrevaloración. La esperanza puesta por él en el pensamiento poetizante, una ilusión piadosa. Su antropología de la *Lichtung*, en la que el hombre tiene la función de pastor del

¹⁰ HEIDEGGER, M., *GA*, 50, 69-70.

¹¹ HEIDEGGER, M., *GA*, 50, 69-70.

¹² JANICAUD, DOMINIQUE (ED.): *L'intencionalité en question*. Paris. J. Vrin, 1995.

¹³ QUESADA, JULIO, *Heidegger de camino al Holocausto*, Madrid. Biblioteca Nueva, 2008.

¹⁴ GRANEL, GÉRARD, *La phénoménologie décapitée*; en *oc.*, p. 352. Cursivas en francés. En esta misma dirección, pero actualizada, Didier Frank: *Dramatique des phénomènes*. Especialmente el capítulo *L'être et le vivant*, Paris, PUF, 2001.

Ser, una propuesta inacabable e impracticable. Enigmático no es tanto el pensamiento del último Heidegger, sino más bien, la admiración servil y a menudo carente de espíritu crítico que se le ha tributado y que ha producido tanta escolástica”.¹⁵

De ahí que Franco Volpi le hubiera puesto a su introducción de la traducción de los *Beiträge* —que había trabajado intensamente a lo largo de varios años— este título: *¿Los “Aportes” a la filosofía? El Diario de un naufragio*. Lo que se puede ver desde fuera, como si Volpi asistiera cual mero espectador al hundimiento “sublime” del gran Heidegger¹⁶, o, tal vez, desde dentro, sin quitar el interrogante acerca del verdadero aporte heideggeriano a la filosofía. Y esta duda es lo inaceptable para la escolástica heideggeriana que comienza con el propio hijastro de Heidegger. Esto querría decir que, al menos, tenemos dos naufragos: Heidegger y Volpi. Pero en la medida en que el naufragio del «ser» es un espectáculo “sublime” del que forma parte Volpi, justo por esta calificación estético-moral, Volpi le dice públicamente “Adiós” a Heidegger desde Santiago de Chile. Este ejemplo de madurez intelectual no deja de ser un ejemplo de Ilustración, ¿qué fue del *Sapere aude!*?, para nuestros colegas heideggerianos y para todos nosotros. Después de todo, la vida misma ¿no es un continuo ensayo de autocrítica? Ahora bien, lo que el Diario de este traductor italiano nos enseña es que para llevar a cabo esta proeza crítica se requiere no sólo ser filósofo, sino además ciclista.

¹⁵ VOLPI, FRANCO, *Actas del I Congreso Internacional de Fenomenología y Hermenéutica*. Chile, Universidad Andrés Bello, 2008, p. 62.

¹⁶ VOLPI, FRANCO, *Martin Heidegger. Aportes a la filosofía*, Madrid, Maia, 2010.